

No te preocupes, o mejor sí

Adán Popoca Martínez

¡Yaz! -era su mamá, doña Filia, llamándola desde la cocina.

Como consideraban que era un día especial por la pantalla nueva, prepararon albóndigas en salsa de tomate con chipotle, uno de los platillos favoritos de la casa para consentirse a sí mismos. No oían de la calle tanto ruido de motores como habitualmente. Cloy devoraba su platito, había que aprovechar cuando no eran croquetas.

-¿Y después qué irá a pasar cuando se termine lo de la pandemia? -preguntó Jazmín al tiempo que se sentaba.

-En principio, sigo creyendo que va a pasar que no va pasar nada, normal, o sea que vamos a estar igual de peor.

-Oye, ma', pero mi papá está muy contento de haberse gastado sus ahorros. Míralo.

El acusado sonreía. Era obvio que pensaba que pasara lo que pasara, nadie le iba a quitar lo bailoteado.

-Bueno...

Momento, conviene apuntar que previamente a la crisis en todos los sentidos que provocó entender que el mundo como se conocía se había acabado, los padres de Jazmín tenían una sola cuenta de ahorros. Pero al comprender que las crisis no las entendían igual, determinaron dividir el dinero y que cada quien hiciera lo que su particular juicio le recomendara cuáles eran las medidas más acertadas. Con lo que le dieron a Jazmín, le alcanzó para comprar una saga de libros de fantasía y una cama nueva para Cloy.

Hablemos de doña Filia. Ella era del tipo de persona que si llega a ver un billete tirado en la calle lo primero que piensa es que probablemente alguien le está jugando una broma; o bien que no hay broma, y entonces de acuerdo, sí hay billete en espera de nuevo dueño, pero, pero el billete es de mentiras, o algo malo podría tener, y así precavida, no necesitaba más para adelantar un: "Ah, ya decía yo". En muchos asuntos la mamá de Jazmín era muy descreída.

El señor, don Refino, era su némesis. Él concluyó que puesto que podía ser que desafortunadamente abandonara la existencia sin conocer por dentro los mejores casinos, restaurantes y boutiques de la ciudad, entonces debería ver películas como se debe: en una pantalla grande; además las mujeres podrían ver videos de youtubers en lugares sorprendentes, a donde nunca las había llevado, menos ahora que ya tenía pretexto.

Dicho lo anterior, ahora sí atendamos lo que iba a pronunciar don Refino:

-Déjenme explicarles que en este caso se puede hablar de inversión. Piensen: si no se usan los ahorros, disminuyen porque ya ven que los bancos ahora en vez de dar te quitan. Claro, sólo espero que no se pasen de listos esos agoreros y cumplan, porque si el mundo no se acaba pero tampoco mejora, nos las vamos a ver muy difíciles.

-Para eso no se necesita ser genio, pa'.

-Oye bien lo que te dice tu hija, eh. Yo por eso use mi parte del dinero para pagar mis deudas. Uno tiene que ser responsable. Y además, el mundo va a seguir con los mismos problemas. Como yo contigo. Hoy es sábado y mañana será domingo, y ¿qué crees? ¡Sorpresa, la vida no es gratis! ¿Estás oyendo?

La señora no estaba segura de que su marido escuchara lo que le dijo o si más bien había estado pensando que ella era la edecán de la última súper oferta de vinos.

-Yo disfruto la vida -contestó orgulloso don Refino y dio un par de palmaditas en su propio abdomen-. A eso venimos, ¿no? Además, miren, no pueden negar que está hermosa -se refería a la radiante pantalla, aunque podría haber sido a la presentadora de las noticias, que en esos momentos comentaba que la emergencia sanitaria había generado mucha incertidumbre económica, pero también algunas iniciativas ciudadanas para sentirse menos angustiados, como la muy sencilla y eficaz de atender las recomendaciones de los médicos-. ¿Y qué quieren ver?, para que ya no estén todo del día agachadas en su celular.

-¿Y por qué mientras no estudias algo, pa'? -preguntó Jazmín.

-Pero hija, si serás necia como a veces yo. Fíjate, en la tele y en internet que todo lo saben, dicen: ¡Fin del Mundo! Claro que entiendo que es el que conocemos, como dice tu mamá. Pero cuando termine esta película de horror, la humanidad por su propia naturaleza va a hacerse más fuerte por lo menos por un buen tiempo, ya lo dicen los estudiosos. Por eso voy a descorchar esta botella de champan, ni loco dejaría que se añejara más de lo necesario; por lo resistentes que vamos a ser, quién sabe hasta cuándo pase otra cosa así.

Diciendo esto, don Refino bajó de la parte alta de la alacena cuatro copas nuevas, que había comprado por la promoción de que las llevaban a domicilio sin costo.

-Pues no se sabe, pero...

-Ya no me aleguen -dijo don Refino llenando las copas-. Hija, por esta ocasión te voy a permitir que tomes más que otras veces porque esto es champan. Tu mamá no toma, así que me tomo yo su champan, la otra es por si a Cloy se le antoja.

-Ya soy mayor de edad, papá.

-Pues mientras vivas en la casa, y no nos mantengas...

-Pero coopero con los gastos, además no quiero, ya me tengo que ir a trabajar.

-Bueno, entonces brindo por ustedes tres, porque Cloy ahorita tampoco quiere, ya se fue a asolear.

-¡Yo sí quiero brindar, Amor! -atajó doña Filia justo en el momento en que don Refino se embuchaba la segunda copa-. Porque ahora que ya te pusiste a escombrar, también te toca lavar los trastes, y no me pongas caras.

Santiago sacó el celular y tecleó un mensaje: TQM. Instantes después llegó la respuesta: Que no se te olvide.

-Jefa, al rato vengo.

-¿A dónde vas? ¿No ves que no tienes que salir?

-Pues voy a trabajar.

-Ah, bueno, te cuidas.

-Tú cuida a mi abuelita, hay que preocuparnos más por ella. En la mesa te dejo un billete de cien para una pizza o algo.

-Sí, hijo, gracias, a lo mejor alcanza para una rebanada.

-Hijo -dijo la abuelita aún medio soñolienta-, eso es para que tu mamá me convide a mí, ¿pero para que yo le convide algo a ella?

-Pero ustedes también trabajan.

-No seas codo.

-Bueeno, dame el de a cien y les doy el de a doscientos.

-Sí. Te portas bien.

Renata tomó la avenida principal hasta el crucero. Allí vio a varias personas observándose unas a otras con expresión de preguntarse por qué estaban en la calle si las autoridades pedían que se quedaran en sus casas. Tal vez, igual que ella, no tenían la alternativa de no salir a trabajar.

A Santiago no le gustaba el dolor ni la injusticia. Lo que equivalía a decir que no le gustaba cómo es gran parte del mundo, ya que muchos miembros de la especie humana son expertos en provocar atrocidades. Pero hay casos complicados de calificar. Veamos un ejemplo para deducir un poco la forma de juzgar de Santiago: el robo, más precisamente el ratero por necesidad, ese que ha sufrido un gran infortunio y tiene que robar un pan porque no han comido sus hijos; en principio, robar es malo, y en principio también, es malo tener hijos hambrientos, pero entonces, si robar es malo y no comer también es malo, ¿qué es más malo? Hay ángulos que no permiten una clasificación categórica. Aunque con los políticos corruptos no hay ángulos, pensaba Santiago. Pero en otras

cuestiones, su mente continuaba zigzagueando: “Qué pensarán esos que se divierten al ver que algo malo le ocurre a alguien. Aunque sean idiotas algo han de pensar. ¿Y será cierto eso de que se cosecha lo que se siembra? ¿En cuántos planetas habrá vida? Quizá en decenas. Pero el verdadero enigma es saber si hay seres inteligentes. ¿Si hay un mañana, será un mañana aunque nadie esté para decir que lo es? ¿Y cómo estarán batallando con lo de la sana distancia los que promueven los besos y abrazos..., y los religiosos para encontrar respuestas?...”

Llegó al área de entrada del personal de la tienda de auto servicio. Allí estaba Jazmín registrándose en el biométrico. Mientras se untaban gel anti bacterial, le preguntó:

-¿Será cierto eso de que los supermillonarios se fueron a unas islas paradisíacas?

-No creo, más bien ya estaban ahí.

-¿Entonces crees en conspiraciones? Porque...

-Tonterías, lo que sí es cierto es que los poderosos saben producir algo tras los momentos difíciles. Bueno, la verdad no lo digo yo, creo que lo escuche de alguien en el radio.

Atrás de ellos vieron llegar a Renata, luego los tres se dirigieron al espacio de los casilleros.

Desde antes de salir de su casa, Renata andaba con algunas células alborotando dentro de su cerebro. Dado que Jazmín y Santiago ya sabían cómo era Renata y ellos también eran entusiastas de las letras, mientras se ponían sus batas y los guantes, le pidieron que les recitara algún extracto de lo que les había dicho que estaba escribiendo para describir tan apocalípticos tiempos. Entonces Renata desbloqueó su celular y esto fue lo que pronunció -aunque con una ligera distorsión por el cubre bocas, la mano libre la estuvo agitando en el aire cada vez que decía algo grandilocuente-:

¡Somos importantes!

¡Oh!, Esencia Sideral ¡Oh!, Monstruo Temible al que un evento minúsculo de destrucción masiva no te inmuta, tal es tu grandeza, hoy te hablo con la terca expectativa de que mis palabras te arranquen un momento de nobleza y no permitas que sucumba la épica humana que reivindica: Es conocimiento perceptible saber que somos importantes en un puntito del mapa celeste infinito, pues ni guerras ideológicas ni de religión ni cambio climático, y menos este perverso virus u otros múltiples finales predichos, nos han podido borrar del camino. Mas, lo aclaro, estas frases de abominable laya política sobre nuestro sino, solo serán sostenibles si, quizá por compasión o porque no te moleste, decides tú, ¡oh! Plano Cósmico, anular el derrotero del letal brote de enfermedad. ¡Oh! Luz y Oscuridad. En el fin, o, en fin, ¡oh! Espacio Inconmensurable, si has determinado destruir nuestra existencia en este sitio que llamamos Tierra porque no te servimos o te estorbamos, por favor, o sólo por manifestar una vez más tus colosales fuerzas, te imploramos con el corazón ¡oh, Tiempo Eterno!, que reconsideres que nos hemos dado cuenta de que todos necesitamos solidaridad de todos. Pero ¡oh! Nada Ególatra, Hoyos negros, Antimateria y Gran Universo, óyelo bien: contigo o contra ti, venceremos a esta maldita pandemia.

Renata, con los ojos aumentados al doble y las orejas hacia adelante, quiso saber la opinión de sus amigos.

-Digan lo que sea, no, más bien destrócenlo por favor, prefiero la honestidad a la condescendencia.

-El espacio-tiempo y la nada es todo y nosotros casi nada, pero aun siendo casi nada, vale la pena que estemos aquí -respaldó Jazmín.

-La idea ahí está -señaló Santiago-, pero a mí me gustaría que la desarrollaras un poquito más, sobre todo lo de los monstruos alienígenas, tú sabes.

“¡Qué buenos amigos tengo!”, pensó Renata.

-Gracias -les dijo al tiempo que volvía a su estado ordinario-. Siempre les voy a agradecer que me pongan atención.

Y cada joven se fue al departamento en donde tenía que estar, Jazmín en la farmacia, Santiago en frutas y verduras y Renata en la panadería.

En los medios de comunicación y en las redes insaciables decían que el coronavirus se estaba superando porque muchas personas infectadas ya mostraban signos de recuperación, ya había laboratorios en busca de una vacuna y gobiernos y empresarios preparaban planes para reestablecer la economía, aunque, aseguraban los analistas, incluso en los países ricos sería lenta.

Al terminar la jornada, algunos trabajadores, si sus castigados bolsillos se los podían permitir, depositaban una lata o algún alimento empaquetado en el carrito de acopio de productos para las poblaciones de zonas marginadas. En esta ocasión, Santiago cooperó con una leche en polvo, Jazmín con una bolsa de arroz y Renata con un puré de papa.

Santiago acompañaba en el trayecto de regreso a su casa a Jazmín. Iban caminando por la banqueta cercana a los columpios y resbaladilla de un parquecito.

Pero ella estaba pensativa, demasiado, parecido a cuando te das cuenta de que tuviste un mareo y te empiezas a reorientar. Santiago le preguntó:

-¿Qué tienes, Bebita? Estamos juntos. Deberías de estar alegre. Ahora que hay mundo, bien que vamos a ser libres para disfrutar del futuro. No hay problemas.

-Ya -murmuró Jazmín.

-Ah, ni te preocupes. Tú estás viendo. El mundo sigue. Sonríe. Quita esa carita rara. Piensa en lo que digo, nomás que pase esto del confinamiento vamos a hacer las cosas divertidas que hay que hacer.

Jazmín levantó el rostro. Pensó en toda la diversión que sí habían estado haciendo durante muchos ratos las últimas semanas y que ahora tenían una consecuencia. Tomó la mano de Santiago y dijo:

-¿Como cambiar pañales?

-...